



Reflexiones del Presidente de Honor

Antonio Ávila Chuliá



Ojo con los tontos

“tu trabajo no es informar sobre algo que tu jefe no quiere que informes, sino cubrirle. Haces lo que tu trabajo requiera y mantienes la boca cerrada”.

“Moral Mazes”, de Robert Jackall.

La tontería de la Humanidad se renueva diariamente.

Jacinto Benavente

Ando inquieto por heterogéneos motivos entre calores, ello me incita a realizar algo similar a lo que suele hacer el diablo cuando se siente apático, matar moscas con el rabo; como carezco de dicho apéndice, emplearé mi ociosidad en garabatear unas letras sobre un tema tratado por insignes escritores, en este caso enfocado hacia la empresa, inmersa en no sé bien qué transacciones. Son tiempos en los cuales la inteligencia y la creatividad se valoran con la boca apretada, donde el tonto o hacerse el ídem son práctica común. Distinguido lector, si no le convence el inicio le recomiendo la lectura del libro “The Stupidity Paradox”, de Mats Alvesson y André Spicer, dos académicos internacionales especializados en gestión y organización de personal, quienes llegan a precisar que las corporaciones operan gracias a la estupidez funcional de quienes las sostienen y de sus seguidores.

Unos opinan: “a los tontos ignorarlos y punto”, no es fácil, existe una gran variedad en la bobería, señalemos para comenzar a los inofensivos, buena gente; en cambio, otros se afanan en dicha singularidad, la optimizan e incluso alcanzan cierto grado de peligro, en especial el tonto con opinión oficial, cargado de cierto poder puede llegar a dividir el país dado el lugar que ocupa o las decisiones tomadas, si además pertenece a la clase política su potencial aumenta y es capaz de originar verdaderos estragos. La lista es inmensa, valga a título de ejemplo el tonto a secas o ignorante, el simple, el necio, el fatuo, el insensato, el alegre, el amigable, el asalariado, el convicto, el demagogo, el ambicioso, el creyente, el esférico, el ecológico, el enano, el enciclopédico, el estufa, el filósofo, el tradicional, el tonto del culo, el tontorrón, tonto del bote, tontolaba, ..., si bien sobresalen los tontos con balcones a la calle (catalogados por el genial Antonio Burgos), los tontos contemporáneos de Luis del Val y los tontos con cenefa de Gabriel Muñoz Cascos, los cuales consuman muchas simplezas que, lejos de pasar inadvertidas, dejan desnudo al titular de la misma.

La ausencia de juicio, hacer trampas, tomar decisiones tontas en la faena, efectuar comentarios que hieran los sentimientos de la gente, creerse las propias bobadas puede costar el trabajo, hay que huir de tales conductas carentes de talento, llenas de torpeza, faltas de dominio y exceso de autoconfianza. Figuran en lugar preferente por merecimientos propios los tontos fuera de control, son tontos-tontos, muy tontos, “pa siempre”; falto de todo tipo de influencia sobre sí mismo, trasforma en ineludible, inaplazable, significativa, sea cual fuere la pretensión que se le ocurra, su capacidad llega hasta vender la

casa para comprar leña para la estufa y repetir su hazaña cuantas veces crea provechosa. En vista de ello a nadie le resulte extraño la existencia del teorema de los tontos, inventado hace dos décadas por John Munzer, un programador de software para computación, según el cual en cualquier grupo de personas, las dos terceras partes serían tontos. Esto, sin duda, es aplicable a la empresa por fantástico que parezca.

Se nos llena la boca, cacareamos que nuestras empresas se basan en la innovación, la creatividad y el conocimiento, cuando la mayoría de las veces somos incapaces de solucionar pequeños problemas, resolver simples temas financieros, renegociar la pésima gestión del o los propietarios a cuyo descendiente le pudo la codicia, eludiendo el interés general de la compañía. Del mismo modo abundan los buenos empresarios, gente decente, honrada, esforzada, ética, cuyo fin es obtener ganancias, eso sí, con ciertos límites, transparencia, agenda clara y un equipo alineado tras él para lograr los objetivos establecidos, de modo que el beneficio alcance a todos los implicados. No desdeñemos que cierta parte del empresariado necesita preparación suficiente acerca de la organización del trabajo, pues se limitan a mandar por el simple hecho de haber puesto su dinero, sin advertir que el capital tiene derecho a los beneficios, pero si espera buenos resultados debe emplear para la gerencia a quien sepa desempeñarla.

Según Alvesson y Spicer, la estupidez funcional consiste *“en promover la falta de justificación y de explicación respecto de las decisiones tomadas, eliminando toda reflexividad y obviando los razonamientos de fondo”*, en la mayoría de los empleos es de obligado cumplimiento, si no quieres que te echen o resignarte a no ascender nunca. La creatividad no se aprecia, el pensamiento crítico es una amenaza, se busca empleados dóciles. Demasiadas de nuestras empresas no se han puesto al día, siguen basándose en un esquema vertical donde la autoridad ejerce el control. Unos idiotas crisan más que otros. La innovación es cara, pero precisa, creatividad y conocimiento una fantasía, de modo que toca conformarse y aceptar la estupidez funcional, esquema básico para mantener el trabajo. Muchos de los profesionales cualificados, preparados a conciencia, finiquitan su actividad profesional realizando tareas burocráticas sin ningún valor.

La gente posee la capacidad de optar si quiere conducirse como tonto o no, fundamentada en el conocimiento de sí mismo frente a sus iguales. Un sinnúmero de “listos” actúan como “tontos” en su entorno, con la finalidad de alcanzar mayores beneficios que si operaran tal y como son, la vil falsedad humana. Creemos que la manera de explicar la presencia del gran número de “lelos”, los cuales perciben elevados sueldos en el mundo de la empresa privada, se debe al proceder referido, si un tonto motivado es capaz de hundir una empresa hemos de tener cuidado, ojo con ellos, pero sin olvidar jamás a los estúpidos funcionales, que de todo hay en la viña del Señor.

Antonio Ávila Chuliá